

# EL MURO DE LA HISTORIA

## POR ADOLFO CASTAÑÓN

A la altura de 1930 podía ya verse la historia de México como una carrera que terminaba ante un muro. Ese muro que todavía no hemos podido saltar ni perforar.

Octavio Paz

Hacia mucho tiempo que intentábamos subir el muro. Lo hacíamos sin dificultad. Extraño muro, a veces hecho de piedras y tierra, a veces de ladrillo. Una fuerza nos impedía caer. Todo parecía indicar que el muro se encontraba al pie de una llanura pues cuando soplaba el viento una corriente ascendente nos recorría la espalda manteniéndonos pegados a él. Inútil desistir; inútil renunciar a la escalada. Bajar de allí nos tomaría tanto tiempo como terminar de subir y, quizá, aún más. Era posible que ya subiésemos cerca del punto más alto, aunque desde donde estábamos apenas podíamos ver cómo el muro se curvaba en lo más alto. ¿Y si un día se derrubaba el muro? Habíamos subido tanto que con toda seguridad caeríamos y caeríamos sin llegar a estrellarnos. A pesar del cansancio, el desaliento alimentaba la inercia que nos mantenía sufriendo con la boca seca por ese potro vertical. A veces pensábamos en morir. Como si fuese una

canción de cuna, tarareábamos entre dientes la tonadilla. Pero teníamos demasiado miedo. Aquella muralla al menos nos proporcionaba cierta seguridad, pues si bien ignorábamos cuándo terminaría la escalada, encontrábamos algún consuelo en poder apoyar el pie entre ladrillo y ladrillo.

Si algún día llegábamos a columbrar la cima, ¿quién de nosotros no desfallecería, quién sería capaz de resistir el amanecer? Era mejor no preguntar, no volver la cabeza hacia abajo; mantenerla erguida con los ojos puestos en lo alto. No importaba cuántos llegáramos a la cima. Casi todos habían desistido y, cuando había sido posible, habían agrandado, escarbándolo con las uñas, un escondrijo en el muro. Aquí y allá había hombrecillos alojados en sus grietas y fracturas. No se trataba de gente temerosa, pues todos sabemos que se necesita tanto valor para quedarse en un boquete como para seguir adelante.

El nuevo amanecer fue más terrible de lo que nos habíamos atrevido a pensar. El muro no lo era y habíamos trepado por un engaño. Sembramos clavos y tendimos cuerdas a lo largo de una vasta planicie. Nos tomaría años volver a aprender a caminar.

